

cualidades, concluyó con vivacidad diciendo con tono enfático: "Pero yo no imito á nadie; cumplo una misión que no tiene modelo. Ni Wáshington por sus cualidades podría ser el Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, ni yo por las mías podría haber sido el Wáshington de los Estados Unidos."

Al exponer, en resumen, los pensamientos de Bolívar sobre su último proyecto, he hecho uso de mis apuntes, escritos en la época á que me refiero, en los cuales están copiadas literalmente algunas palabras y frases de él.

Si yo fuera literato, me bastaría lo que oí á Bolívar en sus animadas é instructivas conversaciones, para escribir la historia de Colombia. Durante el viaje á que he aludido le oí, en su estilo conciso, expresivo y sublime, el compendio de toda nuestra historia hasta aquel tiempo.

Desde fines del año de 1828, Bolívar se preocupó triste y profundamente por que todo se había conjurado para impedirle que salvase á las tres Repúblicas, que él había arrancado del dominio español, de los males que de tropel venían sobre ellas. Estos países, decía Bolívar, serán víctimas de la anarquía, por falta de concierto, y, sobre todo, por la imprevisión de los personajes que cierran los ojos para no ver el horrendo porvenir.

Bogotá, 12 de Mayo de 1871.

P. A. HERRÁN



RECUERDOS

La lámina anterior (1) representa el día 8 de Agosto de 1816, cuando oímos generala los prisioneros de La Cuchilla del Tambo, que estábamos en el calabozo de la Cárcel de Popayán.

(1) Se refiere á una acuarela, pintada por el autor mismo de este artículo, y que se halla en el album de Quijano Otero en la página anterior á la en que comienza el presente escrito.—N. de la R.

El General Joaquín París no fue testigo presencial del hecho que voy á referir, porque quizá estaba derrotado ó prisionero en la ciudad de La Plata en esos momentos; y es un episodio que creo que ni en la historia de Colombia se halla, y que refiero al Sr. J. María Quijano, que me ha hecho el honor de mandarme su magnífico Album para que le escriba algo histórico de la guerra magna de nuestra Independencia, en la cual tuve la gloria de hallarme sirviendo á órdenes del ilustre General Antonio Nariño, Serriez, Cabal y del Teniente Coronel Liborio Mejía.

Como he dicho, el día 8 de Agosto de 1816, oímos mucha alarma por las calles; á poco rato sentimos pasos de tropa que entraba por los corredores de la cárcel; en seguida corrieron el cerrojo de nuestro calabozo, y se presentó un Capitán que decían se llamaba D. Laurián Grueso, y nos dijo:

—Salgan ustedes. En efecto, fuimos desfilando, al mismo tiempo que nos esculcaban para ver si teníamos ocultas algunas armas; y al llegar al patio nos encontramos con un piquete de 50 hombres, frente á los cuales nos hicieron formar en ala, y pasando D. Laurián Grueso por en medio de las dos filas algo descompuesto, empezó su arenga en estos términos:

"Señores: Se tiene noticia que los insurgentes en la ciudad de La Plata han derrotado al General D. Carlos Tolrá; en consecuencia, el Brigadier D. Juan Sámano ha dado la orden para que á la detonación de un cañonazo sean pasados por las armas todos los prisioneros que estén en los calabozos de Popayán. La ciudad está alarmada, no hay sacerdotes que los auxilien; de consiguiente, hagan ustedes un acto de contrición y prevénganse para morir."

Si se hubiera oído un tiro de fusil por casualidad, no estábamos contando hoy el cuento, según estaba nuestro Capitán de beodez. Rafael Cuervo nos invitaba con señas bien claras para que nos lanzáramos sobre los soldados; por fortuna no lo comprendió el Capitán Grueso, que si no

somos víctimas del renegado popayanejo, y si hubiéramos ejecutado lo que quería Cuervo, aun cuando hubiésemos logrado vencer, siempre hubiéramos sucumbido con el Ejército que estaba sobre las armas, formado en la plaza. Al cuarto de hora oímos arrastrar por los corredores los sables de los Oficiales españoles, que venían gritando:

“¡Viva Fernando VII! Ya no morirán esos jóvenes, porque ha triunfado en La Plata el General Carlos Tolrá.” Entonces nos volvieron al calabozo, en donde nos divertíamos frecuentemente con jocosidades. Cuervo nos decía: “Si ustedes todos me hubieran atendido, les habríamos quitado los fusiles á esos miserables.”

Llevado yo de mi buen humor, hice una caricatura de D. Laurián Grueso, valiéndome de una barrita de tinta china que siempre logré conservar en el bolsillo, sirviéndome de pincel un esparto que mojaba en la saliva.

Sólo existen hoy dos que nos hallamos en esta funesta formación, que somos: el General Pedro A. Herrán y el que suscribe.

Bogotá, 16 de Diciembre de 1869.

JOSÉ MARÍA ESPINOSA

EL ESPIRITU DEL COLEGIO

(EN LA VELADA LITERARIA CON MOTIVO DEL SANTO DEL RECTOR)

Señores:

Entre las fiestas que celebra el Colegio del Rosario, pocas se solemnizan con tan espontáneo entusiasmo como la que nos congrega aquí esta noche. No es una fiesta oficial ordenada por el Reglamento, y que se ve llegar con indiferencia; es una fiesta de familia, que nadie prescribe y en que todos toman parte; que se espera con ilusión, se celebra con cariño y deja un grato recuerdo en el corazón de los hijos de este venerando Instituto. Tiene ya este modesto homenaje el carácter de una tradición, porque por caso